

mucha cautela y desconfianza, aquellas obras de los herejes, que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen crítica de los Santos Padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, paréceme que cuando aquellos escriben contra éstos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.

CAPÍTULO VII.

LEVANTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL Y PROSIGUE LA CONVERSACION DEL CAPITULO ANTECEDENTE, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

AL instante se dejó ver el magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los más se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño; entre los cuales aseguran varios autores, que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademan de retirarse, pero el magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado
«muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los
«aplausos de los ignorantes, la gritería de esta po-
«bre gente, el voto de la muchedumbre, y las acla-
«maciones de los lisonjeros, si ya no han sido iróni-
«cos elogios de los zumbones ó de los malignos, te
«tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á
«todos aturdidos. Con efecto fué así, y dudo que
«algun otro lo haya quedado más que yo; pero no de

« tu discrecion y de tu agudeza, sino de tu lastimosa
« ignorancia, de tu juvenil osadía, de tu raro atolon-
« dramiento, y de tu total falta de gusto y reflexion.

« Mucho me habia escrito mi amigo y tu favoreci-
« do el maestro Fray Prudencio de tu modo de pre-
« dicar; algo me apuntó de las cuerdas y prudentes
« advertencias que te habia hecho, para que no ma-
« lograses tus talentos; no me habian dicho poco al-
« gunos que te oyeron no sé qué plática de discipli-
« nantes en tu comunidad. Todo me hizo concebir,
« que ibas descaminado; pero confieso que nunca juz-
« gué, ni aún imaginé posible, que lo fueses tanto.
« Desde el primer período de tu sermon, me hubiera
« salido de la iglesia, á haberlo podido hacer sin mu-
« cha nota, y sin igual tumulto y alboroto del apiñado
« auditorio. Estúveme metido en el confesionario todo
« el tiempo que duró el sermon, y no fué para mí
« tribunal de penitencia, sino ejercicio de ella.

« Llaméle sermon, y le dí un nombre muy impro-
« pio; porque no fué sermon, ni cosa que ni de mil
« leguas se lo parezca. Es dificultoso definir lo que
« fué; pero veré si me puedo acercar á dar á enten-
« der lo que concibo. Fué una escoba desatada de in-
« conexiones; fué una tortilla suelta de impertinen-
« cias y de extravagancias; fué un confuso hacina-
« miento de textos y lugares de la Sagrada Escritura,
« ridículamente entendidos, y osadamente aplicados;
« fué un turbion de conceptillos pueriles, falsos y su-
« perficiales, no solo ajenos de un orador, que en
« todo debe buscar la verdad y la solidez, sino aún
« insufribles en un mediano poeta.

« Dejo á un lado el intolerable abuso, la nécia cos-

« tumbre y el ignorantísimo empeño de tocar en la
« salutacion aquellas que se llaman *circunstancias*. Sé
« que contra esta impertinentísima y tontísima cos-
« tumbre te han dicho ya más de lo que yo te puedo
« decir. Solo añadiré (por si acaso no te lo han di-
« cho), que ya está únicamente reducida al ínfimo
« vulgo de los predicadores, y que solo se oye cele-
« brarla por las lenguas de los más despreciables de
« los auditorios. Tú no te contentaste con tocar las
« más comunes que suelen de repiquetear otros ora-
« dores de tu estofa; descendiste hasta las más me-
« nudas y ridículas, para que llegase hasta donde
« podia llegar tu extravagancia: te hiciste cargo de
« tu padre y de tu madre, de tu padrino, de los co-
« hetes, de las hogueras, del auto sacramental, de
« los novillos, de los danzantes, de sus melenas; y
« en fin, por no dejar ninguna impertinencia en el
« tintero, metiste de circunstancia hasta la gaita-galle-
« ga. No es menester más que referirlo sencillamente
« para conocer la suma ridiculez: tus mismos colores
« están ahora acreditando la vergüenza que te causa
« solo el oirlo; ¿pues cómo tuviste valor para ejecu-
« tarlo?

« ¿Pero cómo? Como lo han hecho hasta aquí to-
« dos cuantos te precedieron, y como no puede dejar
« de suceder, pues no hay otro arbitrio, violentando
« textos, desbautizando lugares, arrastrando y tal
« vez fingiendo exóticas exposiciones, ó construyendo
« las palabras de la Sagrada Escritura, con tanta ma-
« terialidad como pudiera el más zafio sayagués, ó el
« más rústico batueca. Porque fué este el primer ser-
« mon que has predicado, trajiste aquellas palabras

« de San Lucas, con que dá principio á los hechos de
 « los apóstoles: *Primum quidem sermonem feci, ó*
 « *Theophile*: sin hacerte cargo, lo primero de que el
 « Evangelista no trata allí de sermones, sino del Evan-
 « gelio que habia escrito, como el mismo lo dice ex-
 « presamente: *Primum quidem sermonem feci, ó Theo-*
 « *phile, de iis omnibus, quæ Jesus cepit facere et*
 « *docere, usque in diem, etc.*, lo segundo, que aun-
 « que hablara de sermones, diria todo lo contrario
 « de lo que tú pretendias; porque no afirma que era
 « aquel el primer sermón que predicaba, ántes supo-
 « nia que habia predicado otro y otros; pues decia:
 « *El primer sermón que predique, Primum quidem*
 « *sermonem feci*. Pero no, señor, tú leiste que el
 « Evangelista hablaba del primer sermón, y sin más
 « ni ménos, entendiendo materialmente sus palabras,
 « te pareció que venian muy al intento del primer
 « sermón que predicabas, sin reflexionar que una
 « vez tolerado ese groserísimo modo de traer las pa-
 « labras de la Escritura, no habrá absurdo que no se
 « pueda confirmar con ella.

« De la misma manera, y aún peor si es posible,
 « aplicaste los demás textos á tus extravagantísimas
 « ideas. Seria cosa interminable si quisiera detenerme
 « á recorrerlos todos en particular, y por eso bastará
 « ofrecerte á la memoria ligeramente los más estraña-
 « rios. El cotejo que hiciste del retiro de Cristo al
 « desierto con el tuyo á la Religión, dejó de ser atre-
 « vido, por pasar á ser sacrilego, y la disyuntiva que
 « añadiste de que bautizado Jesús se retiró al desier-
 « to, ó el diablo le llevó á él, fué un arrojito que quiso
 « parecer gracia, y vino á parar en blasfemia. Alu-

« cináronte á ti, así como á ellos ó á otros muchos,
 « aquellas palabras de que *ductus est in desertum*
 « *ab spiritu, ut, etc.*, sin advertir, que no fué el es-
 « píritu maligno, sino el Espíritu Santo el que le con-
 « dujo al desierto, como lo sienten los Santos Padres,
 « y es casi evidente en el contexto de la letra. Pero
 « á tí te hacia al caso esta exposicion, porque te
 « abria camino para la otra chocarrería de que te
 « retiraste al desierto de la Religión, si ya el diablo
 « no te llevó á ella. Chufleta escandalosa, que no es
 « fácil discernir, si sobresale más la impiedad ó el
 « descontento, que muestras en tu religioso estado.

« No ignoro lo que enseña Santo Tomás, hablando
 « de la docilidad con que debemos abrazar los con-
 « sejos que son buenos, aunque las costumbres é in-
 « tencion de quien los dá, sean perversas. Bien sé
 « que dice el Santo, que aunque constara que era el
 « diablo el que aconsejaba que entrases en la Reli-
 « gion, debieras seguir su consejo, porque suponien-
 « do que su intencion siempre seria torcida, podias
 « enderezarla hácia tu mayor provecho, segun aque-
 « llo, *salutem ex inimicis nostris*: pero el Angélico
 « Doctor habla en hipótesis, y no categóricamente.
 « Discurre en la suposicion de que esto sea posible,
 « no supone que lo sea, ni mucho ménos lo dá por
 « hecho.

« Las locuras que ensartaste para hacer lugar en
 « la salutacion á tu padrino el licenciado Quijano, de-
 « bian conducirte á la Inquisicion, si ellas mismas no
 « acreditaran que competia su juicio á la casa de los
 « orates. Cuando dijiste de la quijada del asno, con
 « que Cain quitó la vida á su hermano Abel (si es

«cierto que fué ejecutado el fratricidio con este instrumento); cuanto disparataste sobre la famosa quijada de Sanson; y cuantas boberías historiales ensartaste sobre los quijanos y las quijadas y las familias, aquellas tan ilustres en el reino de Leon, te harian reo de dos gravísimos delitos, si no les disculpara tu sandez, ignorancia y bobería. Los esclarecidos individuos de una y otra familia se reirán de tu necedad, ó se compadecerán de tus disparates, y nunca tendrán por asunto digno de su queja, que un simple como tú forme despropósitos, que no son capaces de oscurecer su esplendor.

«Si vuelvo los ojos á tu estrafalario asunto que tomaste, apénas hallo términos para explicar lo que concibo: *Campazas es el solar de la Eucaristía, y así, ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* ¿A quién, sino á tí, pudo venir al pensamiento semejante desatino? Puedo preguntarte lo que un duque de Toscana preguntó á cierto poeta, que le presentó un poema, con grande satisfacción de que le habia de asombrar, y con no ménos confianza de que se lo habia de pagar bien: *Dicami, per Dio; ¿d'ove piglió questo acervo di fece, é questa farragine di minchionerie?* Dígame por Dios; ¿á dónde encontró este monton de necedades, y este farrago de despropósitos y boberías? A un asunto tan exótico precisamente habian de corresponder unas pruebas tan exóticas como él; porque una proposicion tan extravagante no se puede confirmar con razones que no lo sean. Es *Campazas el solar de la Eucaristía*, porque la materia remota de este Sacramento es el pan y el vino, que nacen

«en los campos, de donde se deriva el nombre de Campazas. Por esa regla el Sacramento de la Eucaristía seria de toda tierra de pan y vino originario; y no tendria más derecho Campazas á ser la alcuña de este augusto Sacramento, que *Campomayor, Campoverde, Camposanto, Campovillar*, y en fin toda tierra y lugar de *Campos* que tenga este nombre por delante ó por detrás; como *Medina-del-Campo, Villa-neuva-de-Campos, etc.* Por el mismo principio, el solar de la Extrema-Uncion será todo país donde haya aceite, el del Bautismo donde haya agua, y el de la Penitencia todo el mundo; porque en todo el mundo se usan pecados, que son la materia remota.

«Del mismo peso y calibre es el otro despropósito, conviene á saber, que *ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* ¿Qué quisiste decir con esto? ¿Que la fé de la Iglesia Católica depende de que haya Sacramento en Campazas? ¡Terrible locura! Tanto depende la fé de la Iglesia de que haya Sacramento en Campazas, como de que le haya ó deje de haber en Lóndres. No te tengo por tan mentecato como eso; quisiste sin duda significar (pareciéndote que decias una gran cosa), que si no era verdad que habia Sacramento en Campazas, tampoco lo era que lo habia en Roma ni en parte alguna de la Iglesia de Dios. Pero vén acá, simple; ¿no conoces que eso es una insulsísima pedregullada, y que lo mismo se puede decir de la más infeliz alquería donde esté el Santísimo Sacramento? salvo que seas como aquel, que habiendo visto los magníficos templos de Sevilla, dijo: *Los*

« monumentos buenos son; pero Sacramento como el
« de mi lugar no le hay en el mundo.

« ¿Sabes de dónde nace este disparatado modo de
« discurrir, y estas proposiciones, parte absurdas,
« parte heréticas y parte mal sonantes que echas á
« borbotones? pues no es otro el principio, que el
« desprecio que hiciste de la dialéctica, de la filoso-
« fía y de la teología, persuadido néciamente á que
« no eran necesarias para ser buen predicador. Ya
« estoy informado de lo que trabajaron tus prelados
« y otros hombres sabios y celosos, para desvane-
« certe ese grosero error de la cabeza; y tambien lo
« estoy de que todo fué inútilmente. No presumo tanto
« de mis fuerzas, que me lisonjee de poder conseguir
« lo que ellos no lograron, y más cuando separado de
« los estudios, parece ya fuera de sazón la doctrina
« que voy á darte. No obstante, por no quedar con
« este remordimientó, y porque puede ser que te ha-
« ga más fuerza lo que te dice un tio tuyo que te ama
« de corazon, y que está ó debe estar más práctico
« en la materia (porque al fin no tengo otro oficio en
« mi Santa Iglesia), te expondré con toda brevedad y
« con la claridad que me sea posible, no ya mi dictá-
« men particular, sino el universal de todos cuantos
« enseñan á formar un perfecto orador: pues si fuese
« tan feliz que te hagan fuerza mis razones, aunque
« hayas dejado de ser discípulo de los lectores en la
« aula, lo podrás ser de los libros en la celda.

« Ciceron dice, que es imposible ser perfecto ora-
« dor, sin ser perfecto dialéctico, y añade que sin
« dialéctica conoció muchos locuaces, muchos habla-
« dores, pero elocuente ninguno: *Disertos se vidise*

« multos malos, *elocuentem omnino nullum*; y el mis-
« mo afirma de sí, que si es que llegó á ser orador,
« no aprendió este oficio en las escuelas de los retó-
« ricos, sino en las academias de los filósofos: *Fateor*
« *me oratorem, si modo sim, quicumque sim, non in*
« *rhetoricum officinis, sed ex academiæ spatiis exis-*
« *tisse.* Demóstenes, Quintiliano, Longino y todos los
« demás maestros de la oratoria, convienen en el mis-
« mo principio: la razon de él salta á los ojos; por-
« que siendo todo el fin del orador, convencer, per-
« suadir y mover, no puede convencer sin discurrir,
« ni puede discurrir bien si ignora el arte de hacerlo
« con acierto; aquel que enseña á discernir lo bri-
« llante de lo sólido, lo real de lo aparente, lo super-
« ficial de lo profundo, lo probable de lo cierto, y el
« sofisma de la demostracion, tal es la verdadera dia-
« léctica.

« Otra hay no solo inútil, sino perniciosa á todo
« buen orador; pero mucho más á todo orador cris-
« tiano y evangélico, esta es aquella dialéctica dispu-
« tadora de todo, chisquillosa, bachillera, sofística y
« cabilosa, como la llama Quintiliano, *Dialectica ca-*
« *villatoria*; aquella que hace gala de sutilizar, refi-
« nar, metafisiquear sobre todos los asuntos; aquella
« que se evapora en sutilezas, se exhala en pensa-
« mientos volátiles, y se quiebra ó se confunde en su
« misma delicadeza; aquella que se complace en re-
« presentar lo falso como verdadero, en dar cuerpo á
« la sombra y realidad á la apariencia; aquella que
« hace profesion de vender oropel por oro, sofismas
« por evidencias, y trampantojos por demostraciones;
« aquella en fin que descuartiza, que hace gigote el

«objeto que toma entre manos, en lugar de dividirle
 «para aclararle ó para comprenderle. Esta dialéctica
 «no solo es indigna de un orador, sino de hombre de
 «bien; porque solo puede servir para alucinar, mas
 «no para encontrar la verdad y mucho ménos para
 «persuadirla.

«La dialéctica no solo conviene, sino que es ne-
 «cesaria á todo buen orador; es aquella sùtil á la
 «verdad, pero viva y penetrante, que discerne lo
 «verdadero de lo falso, y distinguiendo con precision
 «y exactitud lo que es propio del asunto, y lo que es
 «forastero de él; aquella que reconoce con claridad
 «las partes que constituyen al todo, y sabe distribuir-
 «las, ordenarlas y disponerlas con la union, órden y
 «método, que deben observar entre sí; aquella que
 «divide con destreza la materia, pero sin hacerla
 «añicos ni desmenuzarla en partes tan delicadas, que
 «apenas las perciba la vista más perspicaz; aquella
 «que vá siempre á su objeto y á su fin, sin perderle
 «jamás de vista, sin divertirse en episodios ó disgre-
 «siones extrañas, que hacen olvidar el objeto princi-
 «pal propuesto; aquella que dá al discurso una justa
 «libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de
 «las proposiciones todo sentido equívoco y oscuro las
 «deja imprimir en el entendimiento una idea clara,
 «limpia y precisa de lo que quieren decir; aquella que
 «dispone con tan bello órden, y con tanta claridad to-
 «das las proposiciones del discurso, que parecen como
 «nacidas unas de otras, y subiendo insensiblemente
 «á los primeros principios, deduce de ellos unas
 «consecuencias necesarias, naturales y evidentes;
 «aquella que descarta siempre toda prueba que no

«sea conducente é invencible, aquella en fin que sabe
 «unir todo el discurso como en un solo punto, para
 «que se haga más viva y más pronta impresion en el
 «ánimo del que oye, porque de una ojeada la entien-
 «de y le penetra y le comprende.

«Esta es la dialéctica necesaria á todo buen orador,
 «esta es aquella ciencia de los filósofos, sin la cual,
 «dice Ciceron, es imposible que un hombre sea ver-
 «daderamente elocuente; porque sin ella, ¿cómo ha
 «de discernir el género de las especies? ¿Cómo ha
 «de acertar á explicarlas y definir las? ¿Cómo ha de
 «distinguir lo falso de lo verdadero? ¿Cómo ha de co-
 «nocer las consecuencias legítimas, evitar las con-
 «tradicciones, cautelarse contra los equívocos, y
 «desembarazarse de las ambigüedades? ¿Cómo es
 «posible que sin ella sepa hablar con peso y con pe-
 «netracion de las obligaciones de la vida civil, de la
 «virtud, de las costumbres, etc.?

«A vista de esto, ¿qué quieres que diga de tí y de
 «otros predicadores, ó por mejor decir, cómicos,
 «representantes, charlatanes y habladores tan igno-
 «rantes como tú, que hacen un sumo desprecio de
 «la filosofía (comprendida con el nombre de dialéc-
 «tica,) teniendo por tiempo perdido el que se em-
 «plea en aprenderla, por juzgarla absolutamente
 «inútil para la oratoria, y que como tal debe abando-
 «narse á las cavilaciones y disputas de las escuelas?
 «Cabezas desauiciadas, entendimientos infelices, in-
 «genios atolondrados, que presumen caminar segu-
 «ros sin luz en medio de las tinieblas, no advirtiendo
 «que con precision han de dar tantos tropiezos co-
 «mo pasos, faltándoles aquel arte á quién el ma-

«yor orador del mundo llamó *la máxima entre todas*
 «*las artes*; porque ella es la luz que disipa la confu-
 «sion y oscuridad de todas las demás: *Hic (Servius)*
 «*attulit hanc artem omnium artium maximam, quasi*
 «*lucem, ad ea, quæ confuse ab illis, aut respondeban-*
 «*tur, aut agebantur. Dialecticam mihi videris dicere.*
 «*Rectè, inquam, intelligis.*

«Pero si la dialéctica es de una indispensable ne-
 «cesidad para la oratoria cristiana, no lo es ménos
 «la sagrada teología. Y sino dime, ¿qué es ser
 «teólogo? Es ser un hombre, cuya propiedad, le
 «enseña á hablar bien y con propiedad, de Dios y
 «de sus atributos, exponiendo sus misterios para
 «combatir los errores, discernir la naturaleza de las
 «virtudes, y penetrar la naturaleza de los vicios; es
 «ser un hombre muy versado en la Sagrada Escritura
 «y en la inteligencia de su verdadero sentido, para
 «sacar de aquel fondo inagotable pruebas eficaces y
 «vigorosas, que confirmen lo que dice: un hombre
 «noticioso de la antigüedad, informado de la historia
 «eclesiástica, bien instruido en Santos Padres y con-
 «cilios. Esto es ser teólogo. Y ser predicador ¿qué
 «será? Es ser todo esto y algo más; porque es po-
 «seer todas estas noticias, y sobre ellas destreza para
 «usarlas. De donde se infiere concluyentemente, que
 «puede uno ser gran teólogo sin ser buen predica-
 «dor; ¿pero es imposible que sea buen predicador sin
 «ser gran teólogo?

«Y si á esto se llega la gran diferencia de teatros,
 «en que uno y otro ha de ejercer su profesion, es
 «preciso quedes convencido de que el predicador ha
 «de ser más teólogo que el teólogo mismo. Y sino dí-

«me; ¿en qué teatro y á qué auditorio tiene que en-
 «señar el teólogo las verdades de la religion? En una
 «aula reducida, y á un puñado de discípulos, por lo
 «regular despejados, jóvenes, instruidos ya en otras
 «facultades, libres de toda preocupacion, no solo sin
 «embarazo, pero con positivas disposiciones para
 «abrazar las verdades en que se les quiere imbuir,
 «oyendo á sus maestros como oráculos. ¿Y cuál es el
 «teatro y auditorio de un predicador? O un templo
 «muy capaz, ó tal vez las plazas ó los campos cu-
 «biertos de una inmensa multitud, que se compone
 «de todo género de gentes, de niños, de viejos, de
 «hombres, de mujeres, de sabios, de ignorantes, de
 «rudos, de ingeniosos, de dóciles, de duros, y en fin
 «por lo general preocupados contra lo que el predi-
 «cador les intenta persuadir. ¿Para cuál de los dos
 «auditorios se necesita más sabiduría y más abun-
 «dancia de doctrina?

«Junta á esto el diversísimo modo con que deben
 «enseñar el predicador y el teólogo: á éste le basta
 «hacerlo de una manera abstraída, seca, inteligible,
 «solo á unos entendimientos cultivados, y hechos á
 «comprender otras verdades delicadas, sutiles y me-
 «tafísicas. Usar de la elocuencia para persuadir las y
 «del talento para representarlas, es oficio del predi-
 «cador, quién debe enseñar de un modo claro, pers-
 «picaz, inteligible á todo el mundo, proporcionándose
 «á las ideas comunes, de manera que igualmente le
 «comprenda el plebeyo que el noble, el rústico que
 «el cultivado, el rudo que el capaz, el ignorante que
 «el sabio; proponiendo de suerte, que al incrédulo
 «le convenza, al disoluto le aterre, al obstinado le

«ablande, y en fin á todos persuada y mueva. Para
«esto, claro está que es indispensablemente neces-
«ario que el predicador tenga en cierto modo un co-
«nocimiento intuitivo de las verdades y misterios de la
«religion; esto es, que los comprenda todo cuanto sea
«posible comprenderlos en esta vida; que en fuerza
«de su profunda meditacion los domine, y sea dueño
«absoluto de manejarlos á su voluntad, para propo-
«nerlos de mil formas, figuras y maneras.

«¿Y qué predicador sabrá hacer esto, si no es más
«teólogo que el teólogo mismo? ¿Y quién merecerá
«el nombre de predicador, si no sabe hacer esto?
«¿Y quién se le podrá dar sin deshonor de tanto em-
«pleo? ¿Mereceránle aquellos predicadores, que
«cuando tienen que predicar de algun misterio, co-
«mo el Sacramento de la venida del Espíritu Santo,
«su mayor cuidado es huir de él, y por no engolfar-
«se en aquel abismo, dejan el misterio á un lado, y
«conténtanse con proponer algun punto moral, unas
«veces deducido de la meditacion del mismo miste-
«rio, pero las más arrastrado y traído como por fuer-
«za? Bueno es lo primero, pero no basta ni cumple
«con su obligacion el predicador, el cual debe al au-
«ditorio la explicacion de nuestros misterios, no ata-
«da ni seca, mucho ménos que huela á escuela ni
«cartapacio, sino libre, fogosa, llena de fuego; con
«aquella buena disposicion que pide el púlpito y la
«oratoria.

«¿Mereceránle los otros, que por el lado contrario
«reventando de teólogos escolásticos, suben al púl-
«pito como pudieran á la cátedra, y hacen una lee-
«cion de oposicion en lugar de sermon, con sus

«sentencias, con sus pruebas, con sus argumentos,
«confundiendo en los misterios lo que es de fé con
«lo que no lo es, lo cierto con lo dudoso, lo infalible
«con lo opinable, sin advertir que al pueblo no se le
«debe proponer el cómo, sino el qué; ni en los ser-
«mones se debe dar lugar á puntos contenciosos,
«sino indubitables, segun aquella gran máxima del
«Apóstol: *Mis sermones son fieles y verdaderos; por-
«que en ellos no se tratan materias que estén sujetas
«á opiniones de sí y de no? Fidelis autem Deus, quia
«sermo noster qui fuit apud vos, non est et non.*

«¿Mereceránle aquellos predicadores inconsidera-
«dos, indignos de que se les deje ejercer el ministe-
«rio, que para explicar los misterios más venera-
«bles; se valen de las ideas más ridículas, como
«aquel que predicando al Sacramento en la dominica
«infra octava del Corpus, con el Evangelio de la Cena
«magna, tuvo osadía para tomar por asunto, que el
«Sacramento era la cena sin sol, sin luz y sin mos-
«cas, que no sé como no le llevaron á la casa de la
«misericordia, ya que por insensato le perdonase
«el santo tribunal de la Inquisicion; y el otro que
«predicando el mismo misterio, porque el mayordo-
«mo se llamaba *Fulano Maestro*, y la mayordoma
«*Zutana-larga*, escogió por idea de su sermon, que
«Cristo en el Sacramento era Maestro largo; pueri-
«lidad (por no decir otra cosa) que debiera ser cas-
«tigada con quitarle la licencia de predicar, *in per-
«petuum?*

«Estos no son teólogos ni predicadores, sino lo-
«cos bien disimulados y peor consentidos. Sin ser
«teólogo, no es posible pintar el vicio con aquellos

« colores vivos y propios que le hagan aborrecible;
 « porque no se puede conocer su naturaleza, su esen-
 « cia, sus propiedades, sus diferencias, su deforma-
 « dad, sus resultas, sus efectos y sus consecuencias.
 « Sin ser teólogo es imposible describir la virtud de
 « modo que enamore, que hechice, que mueva á
 « abrazarse y practicarse; y me atrevo á decir que
 « quien no se hubiere hecho dueño del excelente
 « *Tratado de Santo Tomás sobre las virtudes y sobre los*
 « *vicios*, apénas sabrá pintar la hermosura de aque-
 « llas, ni la fealdad de estos con los colores vivos y
 « naturales que les corresponden.

« Sin ser teólogo ninguno podrá explicar acertada-
 « mente un solo precepto del Decálogo; porque no
 « sabrá determinar su extension, y confundirá lo que
 « es perfeccion de puro consejo, con lo que es de
 « necesidad y de precepto; exponiéndose á dar tan-
 « tos tropiezos como pasos, extendiendo sus límites
 « más de lo justo, ó estrechándolos más de lo conve-
 « niente; unas veces imponiendo á las almas cargas
 « que no pueden llevar, otras exonerándolas de lo
 « que tienen obligacion de sufrir, y siempre incur-
 « riendo en la terrible amenaza que fulmina Dios con-
 « tra aquellos que por su antojo ó por su ignorancia
 « aumentan ó disminuyen lo que está escrito en el Li-
 « bro de la ley: *Quisquis apposuerit ad hæc, et si*
 « *quis diminuerit de verbis libri, auferet Deus partem*
 « *ejus de libro vitæ.*

« De aquí podrás inferir cuanto desbarran en el
 « verdadero concepto que debieran formar de la ora-
 « toria cristiana los predicadores inconsiderados y
 « atrevidos, que para excusar ciertas proposiciones

« arrojadas, temerarias, hiperbólicas, ó ciertos con-
 « ceptillos que llaman predicables, sútiles y delicados
 « en la apariencia, pero falsos y sin substancia en la
 « realidad, responden con grande satisfaccion, que
 « hablaron *more concionatorio, et non scholastico*,
 « como predicadores, no como teólogos; añadiendo
 « como por chiste y por gracejo, que el púlpito no
 « tiene poste, esto es, que ni se arguye ni se replica
 « contra lo que se dice en el púlpito.

« Si le parece que con esto responden algo, ten-
 « gan entendido, que no pudieron echar de mano
 « despropósito mayor. ¿Quién les ha dicho que la cá-
 « tedra del Espíritu Santo pide ménos peso, ménos
 « solidez, ménos miramiento, que la de la universi-
 « dad? ¿Quién les ha dicho que las proposiciones que
 « se harian risibles en la aula, puedan ser jamás tole-
 « rables en el púlpito? En aquella se examina su ver-
 « dad con el mayor rigor, para que pueda después
 « exponerse en este con la más segura certidumbre.
 « Es cierto que el púlpito no tiene poste, que no se
 « arguye, no se replica contra lo que se dice en él;
 « pero ¿por qué? nada se debe decir en el púlpito,
 « que admita réplica, disputa ni argumento.

« Pero cuando insisto tanto, en que no es posible
 « que sea buen predicador el que no sea buen teólo-
 « go, no pretendo que suba el predicador al púlpito
 « á hacer ostencion de que lo es: *Dicen los teólogos,*
 « *saben los teólogos, ya me entienden los teólogos, etc.,*
 « cosa ridícula, vanidad pueril, que hace despre-
 « ciable á quien la usa, para con todo hombre de
 « juicio que le oye: si no se conoce que eres teólogo,
 « sin que tú lo digas, solo un pobre mentecato cree-

«rá que lo eres sobre tu palabra. Esos regüeldos po-
«drán alucinar á los páparos, pero causan bascas á
«todo hombre advertido y de razon. En el púlpito
«no se trata de lo que sabe el teólogo, sino de lo que
«deben todos saber, y siempre que dices algo que
«no vaya igualmente para la vejezuela más simple
«que para el teólogo más perspicaz, por reventar de
«teólogo, dejaste de ser predicador.

«Supuesto que es tan necesaria la teología y filo-
«sofía ó dialéctica para la oratoria, tú que no eres
«filósofo, dialéctico ni teólogo; ¿cómo has de predi-
«car? Tú que no has visto los Concilios, los Santos
«Padrés, los Expositores, sino que sea por el forro,
«(y aunque fuera por dentro, seguramente no los
«entendieras); ¿cómo has de predicar? Tú que ni de
«los misterios ni de los preceptos del Decálogo ni de
«los de la santa Madre Iglesia, ni de los vicios ni de
«las virtudes no sabes más que lo que enseña el Ca-
«tecismo; ¿cómo has de predicar? Dirás que leyen-
«do buenos sermonarios; ¿y cómo has de saber
«cuáles son buenos y cuáles son pésimos? ¿Cuáles
«se deben imitar y cuáles abominar de ellos, espe-
«cialmente cuando entre tanta peste de estos escri-
«tos como tenemos en España, apénas hay dos ó tres
«autores que puedan servir de modelo? Responderás
«que oyendo buenos predicadores; ¿y á dónde has
«de ir á buscarlos? ¿Te parece que hay tanta abun-
«dancia de ellos en este siglo? No obstante ya algu-
«nos van abriendo los ojos, y procuran abrirseles á
«otros, y van entrando por el camino derecho, y so-
«licitan con glorioso empeño, que otros entren igual-
«mente por él; ya se oyen en España algunos pre-

«dicadores (no son muchos por nuestros pecados),
«que se oirian sin vergüenza, y acaso con envidia en
«Versalles y Paris; ¿pero por dónde has de saber
«discernirlos tú, y mucho ménos tomarles el gusto?
«tú que en todo le tienes tan perverso, que á guisa
«de escarabajo te tiras siempre á lo peor; tú que á
«lo que infiero del disparatado sermon que acabo de
«oirte, tanto te has pagado de un maldito *Florilugio*
«que anda por ahí, para vergüenza inmortal de
«nuestra nacion, y para que se rian de ella todos los
«que nos quiere mal: tú.....»